

LAS TRAIODRAS

HERMINIA LUQUE

LAS TRAIIDORAS



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: Estudio Calderón



Premio “Ramiro Pinilla” de novela corta 2019,
convocado por el Ayuntamiento de Getxo.

Primera edición: marzo de 2021

© Herminia Luque, 2021
© de la presente edición: Edhasa, 2021
Diputación, 262, 2.º 1.ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6382-1

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B 1839-2021

Impreso en España

A mis hijos,
José María y Francisco Javier.

–Majestad, cuando quiera.

El rey levanta los brazos. El mozo de retrete sube entonces la fina camisa del monarca y se apresta a enrollarla por encima de su cintura.

«Qué hermosura de carnes». Una admiración infinita, eso es lo que le produce la contemplación de la hechura corporal que se despliega ante sus ojos: esos hombros carnosos unidos a un cuello fuerte, hercúleo, de toro herengue o perlino (un cuello preparado para sostener la cabeza que, a su vez, sostiene la corona del reino); esa espalda formidable, dividida, cual Imperio romano, en dos extensas mitades; ese surco, apenas perceptible, en la parte superior, profundo y bien trazado al llegar a la cintura, donde se desdibuja en una planicie relativamente amplia para luego derivar en la raya poblada de vello negro que separa el nalgatorio, los poderosísimos glúteos destinados por la Divina Providencia a sentarse en el trono de España.

Nunca decaerá el asombro que siente ante la visión, breve aunque repetida en el tiempo, de «ambos hemisferios». Maldita expresión. Mueve la cabeza de izquierda a derecha mecánicamente. Mientras acaba de enrollar con suma pericia la preciosa tela de batista, es consciente de que no debería tenerla en la cabeza. Qué pensaría su majestad, a cuyo servicio lleva quince años, si supiera que su fiel Cuino no

puede borrar de su mente esas palabras de tan odioso recuerdo. Pues se hallan inequívocamente unidas a una frase que tantos males, tantas sediciones, tantas perfidias ha provocado –doceañistas, veinteañistas, francmasones, todos en contra del único y legítimo poder, el del monarca absoluto–: «La Nación española es la reunión de todos los españoles de ambos hemisferios»; artículo primero, capítulo primero, título primero de la bárbara cosa llamada Constitución. Barbaridad que el rey nunca estuvo dispuesto a acatar. Y, cuando lo hizo, fue por estar en riesgo su vida y también la de la reina María Josefa Amalia, su esposa en aquellos momentos.

Si bien ahora, reflexiona el mozo de retrete, uno de esos hemisferios, el americano, ya no está bajo la jurisdicción política del monarca. Como mucho (y es un consuelo), bajo la jurisdicción religiosa del Papa.

El rey se deja caer en el sillico. Crujen las maderas preciosas (caoba, sándalo, palisandro), agobiadas por el real peso. Un peso digno de un Hércules, pero cuyo guarismo es secreto de Estado. A ojo de buen criador de cerdos –él, Antonio el Cuino, lo fue antes de ser aguador y luego mozo de aguas mayores y menores del rey–, no baja de las diez arrobas. «En la montanera lo aprendí todo», decía, ufano. «A separar lechón de gordo y a recebar la hembra primal, la de buen jigo, antes de que se ponga a parir como una puerca...». El rey le reía estas gracias. Y más le reía la ocurrencia de buscarle hembras de buen ver; mozas de partido a las que nunca se les daba un pago, pues, con la suerte de ser elegidas para las reales apetencias, debían darse por contentas. Aunque ninguna como la Naranjera, de la que el monarca se encaprichó un tiempo. En verdad fue su primicia en rameras, al poco de morir su primera esposa.

Suspira el rey. Comienza un penoso proceso de duración incierta. Hay días en los que permanece una, dos, hasta tres horas allí sentado, en el trono cotidiano, esperando lo

que parece no llegar nunca. Y eso que ya no es su principal problema de salud. Ahora teme que se le repitan las horribles convulsiones que lo acometieron estando en El Escorial. Él no recuerda nada, pero, según le refirieron, dio en el mismísimo suelo del coro de la basílica, desde donde escuchaban misa su hermano Carlos y él. Y el pánfilo, paniaguado, medio cocho, sangre de nabo de su hermano, sólo levantó las manos para pedir el auxilio de Dios en vez de pedir la ayuda terrena, que era la urgente, y trasladarlo en un colchón, como así hicieron por orden del gentilhombre de cámara, hasta su lecho. El peluquín, confeccionado con primor no hacía ni dos semanas, quedó lastimosamente tirado por los suelos y no se pudo recuperar. Algún servidor o algún fraile, con la prisa o el miedo de que pereciese el rey en ese trance, lo pisoteó, y mechones nigérrimos quedaron diseminados por doquier; seguramente algunos pegados en suelas de sandalia frailuna o de zapatón basto.

El no recordar el incidente y saber por su médico que quizá la sangre se le estaba espesando como el chocolate –«sangre gorda», la llamó– lo asustó muchísimo. Más que el accidente de coche del año anterior, que lo dejó con una brecha en la frente, sangrando como caballo de picador, porque, a lo menos, ahí el mal se veía, y no lo otro, afección conspirativa y francmasona, oculta por su misma naturaleza. Se dijo, para no asustar a nadie –tampoco a la novia, de camino desde el reino de Nápoles a España para las bodas–, que había sido un simple desvanecimiento causado por el esfuerzo de leer después del almuerzo. Ya se sabe aquello de «después de comer ni un sobrescrito leer»...

Ahora pone todo su empeño (solemne, esforzado y frutivo a la vez) en conseguir una completa evacuación. Siempre había padecido graves opilaciones, sobre todo en los períodos más adversos de su vida. Atranques de intestino que lo dejan el doble de pesado, con una hinchazón en el vientre

como la de su esposa en su último mes de embarazo. ¿Habrá aligerado ésta ya el bulto? Las habitaciones de la reina están al final del corredor y donde él está no se oyen sus chillidos. Gracias a Dios, se dice. No soporta los gritos mujeriles.

En Valencey no tuvo atranque ninguno. Allí anduvo como en casa propia. Preso de Napoleón, sí, pero suelto de tripa. No sabría decir qué vale más, si la libertad de tránsito en el aparato digestivo o la capacidad de una persona de ir de aquí para allá, cosa valorada quizás en demasía. Si dicen que la felicidad y la paz del alma están en uno mismo, pues a qué irla buscando como pájaro desnortado o vieja sin candil, cuando está en nuestro interior. Quien domine su estómago y sus deposiciones, dominará el mundo.

Y eso que, en Valencey, el avaro de Talleyrand, dueño del palacio en el que había permanecido recluido seis años, no le dio las comodidades apropiadas a un rey. Algo se esmeró en los banquetes de recibimiento con platos de volatería, salsas espesas y vinos regulares, pero, en cuanto Talleyrand y su esposa abandonaron el castillo, la dieta más parecía prescrita por un médico que propia de personas de elevado rango. Pues él, aunque apartado del trono de España por Napoleón, seguía siendo rey, que no se puede obviar el legítimo derecho al trono sólo porque un tirano (un muerto de hambre, nacido en una isla miserable, montuosa y áspera, y muerto en otra isla más miserable todavía en medio del océano) se empeñara. Y eso que hubo un tiempo en que lo veía como a un dios. A punto estuvo de ser adoptado por él: se lo pidió él mismo en una carta, porque lo veía como el padre fuerte y justo como no lo era el suyo de verdad. Se le cierra el esfínter anal cada vez que se acuerda de eso; haya tenido a bien la Providencia destruir tal papelote.

En tierras francesas, durante su cautiverio, al menos conoció los mejores profilácticos para alargar la vida: la abstinencia de la carne, algo que, teniendo a la fuerza que bus-

car un heredero, ya no ha podido poner en práctica más; el agua tibia en manos y cara; el ejercicio suave: nada de caza, tan violenta, a la que quiso su padre aficionarlo y no pudo; el sueño regular, a las horas precisas; aficiones que no provoquen pasiones intensas: tertulias con personas de confianza, algún paseo, el billar, tocar el fortepiano, el bordado de ornatos religiosos, que da mucho consuelo; lecturas, aunque pocas, ya que embotan la cabeza si se hacen en demasía. Y, sobre todo, tranquilidad de ánimo, lo que trató de llevar a rajatabla en todo el tiempo que permaneció allí. Ese régimen de vida, aun con privación de libertad, le reportó los beneficios de una salud aceptable; salud que le va fallando ahora, a sus cuarenta y seis años.

Hizo bien especialmente en no catar hembra mientras estuvo hecho un Segismundo, prisionero él, rey legítimo, y a la pata la llana Napoleón, el advenedizo, haciendo y deshaciendo Europa a su antojo y capricho. Afortunado se considera, de todos modos, porque en Valencey rezó y meditó por sus pecados, los que fuesen, y se forjó su temple, que tanto le valdría después; ese temple reservado, resistente y dúctil a la vez. Y procuró guardar fielmente la memoria de su esposa María Antonia, perla de la corona de Nápoles, desdichada princesa muerta a los veintiún años de edad. Y eso que Napoleón quería casarlo con una princesa imperial, la hija de Luciano, Charlotte. Más fea que una gusanera sería, dijo alguna vez el Cuino. No lo era, que la muchacha tenía doce años. Luego, cuando lo del tratado, en el año trece, la novia propuesta fue Zenaida, hija de José Bonaparte. Acabáramos ya con las francesas, se dijo a sí mismo, irritado. Pero de boca para afuera no dijo ni sí ni no. No le convenía enfadar a quien le iba a devolver el trono, el mismo que se lo había usurpado con violencia y engaños cinco años atrás.

El rey se revuelve inquieto en la silla sin asiento.

—Majestad, ¿ya?

–Calla, Cuino, y tráeme aquellos papelotes de la mesa.

Obedece con prontitud el mozo de retrete. Bueno estaría el no hacerlo: celeridad, amén de discreción y ausencia de olfato son las cualidades requeridas en todo servidor de su majestad.

El rey se enfrasca en la lectura de los papeles que le ha entregado Regato. Los de hoy, le ha asegurado, son muy sustanciosos. Y lo habrán de ser: el muy cabrón tiene una reha-la de soplones a su servicio. De esto, a Calomarde, ni mu. Cartas parecen.

Traidora 1

Angelica Kaufmann

... No, majestad, no llegaron a cruzarse nunca nuestros caminos. Mi labor como pintora no me acercó a la corte española, donde trabajaban otros artistas, pero sí me trajo a Nápoles, donde reinaba el rey de igual nombre al vuestro, Fernando, Fernando IV de Nápoles, vuestro señor tío. Y allí conocí a la que sería vuestra esposa, María Antonia, y aun antes de nacer. Ocurrió en el año de 1784, cuando retrataba yo a la familia del monarca y a su esposa María Carolina, a ambos cónyuges más seis de sus hijos. Un retrato del que me sentí muy satisfecha por su alegre cromatismo y por ser una composición de cierta dificultad, al tener que incluir en la misma ocho figuras humanas, tres perros y un arpa. Pocos meses después, la reina daría a luz a la niña que sería bautizada como María Antonieta Teresa Amelia Giovanna Battista Francesca Gaetana María Anna Lucía, *Totó* desde su primer mes de vida. Eso sería en diciembre de ese mismo año; vuestro nacimiento había tenido lugar unos meses antes, en octubre, en El Escorial, dándose la fatal coincidencia de que los gemelos que os antecedían en el orden de sucesión fallecieron con pocas semanas de diferencia —¡cuántas veces os lo habrán contado!—, por lo que quedasteis como futuro rey y príncipe de Asturias. La reina María Carolina, desde el mismo momento en que nació su hija, sopesó la posibilidad de que, si llegaba a la edad adulta, pu-

diera ser vuestra esposa. Aunque, de haber sobrevivido alguno de los gemelos, Carlos Francisco o Felipe Francisco, hubiera sido él el elegido como futuro esposo. Me lo expresó de este modo en una de las sesiones en las que bosquejaba su figura. Había quedado tan satisfecha del retrato familiar que ahora quería uno en el que ella estuviese a solas. «Si es que una reina puede estar alguna vez a solas», comentó con ironía. Ese día, lo recuerdo bien, me habló de la relativa importancia que tenía aún el reino de España. Y que más importante sería en el concierto de las naciones si atendiera más al engrandecimiento de los territorios allende los mares. A la reina le parecía que el rey y sus ministros no les concedían la menor importancia. «Y ya quisiéramos en Nápoles tener esa fuente de riquezas perpetua que son las Américas, y no tanta antigüedad en desuso», afirmó con desenfado. Ahí se veía el carácter pragmático de la reina, que no apreciaba en demasía ni la arquitectura de los antiguos ni sus esculturas y pinturas. Y eso que, en sus dominios, desde que el rey Carlos III ordenara excavar la antiquísima Pompeya, todo lo que se venía sacando de esa ciudad sepultada por las cenizas del Vesubio era una sorpresa y una maravilla continuas. Pero la reina María Carolina tenía otros intereses. La idea de que su hija fuese reina de España se convirtió en una de sus obsesiones. Pues si los monarcas españoles querían casar a su hija María Isabel con su hijo Francisco, el heredero del reino de Nápoles, ella buscaba casar a su hija con el heredero del reino de España. Dobles bodas, provechosísimas sobre todo para Nápoles, pues tener un pie en la corte española no era algo a despreciar. Albergaba, además, María Carolina un grandioso plan que llevaba con el mayor sigilo. Conseguido el objetivo de las bodas, en sus planes se vino a inmiscuir el todopoderoso Godoy. La reina no había pensado en voluntades distintas a las de los reyes o a la del futuro rey Fernando, «un prín-

cipe noble y de buen corazón», como os describió María Antonia, quien debía procurar la felicidad de su esposo y acompañarlo en el engrandecimiento del reino de España, «en los inicios del siglo decimonono algo alicaído». Y no se equivocaba, puesto que, como se vería poco después, tomarían la dirección de Europa naciones más pujantes: Inglaterra en los mares, Francia en lo continental. La reina María Carolina detestaba con todas sus fuerzas a Francia. No en vano era la nación que había asesinado a su hermana la reina María Antonieta, de la que su hija tomó el nombre. Con el vértigo de ser consciente de que los tronos son frágiles como barro sin cocer, y con la pesadilla constante de la cabeza de su hermana segada ante el populacho, persistió en la idea de que se debería crear una nueva entidad política en tierras del Nuevo Mundo. No me hizo partícipe de más detalles. Tiempo después me escribiría diciendo que sus más funestos presagios se habían cumplido, al ser envenenada su hija María Antonia por obra del infernal Godoy, el cual tenía un plan para reinar él con la complicidad de la reina María Luisa. Pero, antes de acabar con la vida del heredero, es decir, con vuestra majestad, había que eliminar a quien había hecho que éste se interesara por la política, es decir, a María Antonia. Ella, bien lo sabe, majestad, detestaba con toda su alma a Godoy, por indelicado arribista y artero ministro, con título de príncipe además, vergüenza que no podía soportarse. Pobre princesa, asesinada de un modo inconcebiblemente cruel. Según me dijo la reina (aunque eso, majestad, vos sabréis si es cierto o no), le habían regalado unas prendas de vestir sobre las que había tosido, estornudado y hasta escupido un enfermo grave de tisis, manifestándose al poco la misma enfermedad en la desdichada princesa, la cual, después de un breve período de consunción, murió. Todo esto, según la reina María Carolina, entre la indiferencia de una corte que ni prestó

la debida atención a la enferma ni dispensó luego a la muerte los debidos honores como princesa. No os perdonó jamás la reina que no buscáseis, majestad, al culpable de la muerte de su hija para castigarlo debidamente. Pero, sobre todo, no os perdonó que tan pronto la olvidáseis y buscáseis amores mercenarios, mujeres de clase ínfima (*puttanas*, que se dice en lengua de Dante), para divertirlos y «comer naranjas» con ellas, como creo que se le llama aquí a eso cuya sola mención ofende. Yo tampoco os perdono, majestad, que no requirieseis mis servicios como artista. Trabajaban en la corte de Madrid otros pintores, entre ellos el que acabó obteniendo el cargo de pintor del rey y retrató a vuestra majestad en varias ocasiones, un tal señor Francisco de no sé qué, cuyo gusto y oficio no calificaré por estar en las antípodas de los míos. Y no fue porque no me recomendara la reina Carolina, que lo hizo amablemente por propia iniciativa. Pero no hubo oferta alguna. Lo lamenté, es cierto. Hubiera sido muy hermoso pintar de nuevo a la princesa María Antonia, a la que ya había retratado en el seno de su madre, tantos años atrás, en Nápoles. Alguien me dijo que perdiera toda esperanza de pintar para la corte española, porque nunca iban a contratar a una pintora. Allí se opinaba (y vuestra majestad el primero) que las mujeres no servían ni para las artes ni para la gobernanza ni para tarea alguna de cierto rigor o elevación. Que lo propio de ellas era amelcochar criaturas en el vientre y con eso les sobraba y bastaba...

* * *

«¿Éstos son los papeles peligrosos que dice Regato? ¿Para esto se le paga veinte mil reales al año?». El rey esboza una sonrisa, una mueca más bien. No conoce siquiera a la pintomona ésta. Mira el papel de nuevo. Hay una firma: Angelica

Kaufmann. Lo dicho: una pintamonas, muy conocida en su casa a la hora de comer. ¿Qué se habrá creído?

Lo de la muerte de Totó sí que es absurdo: nadie le regaló ropa alguna. Más verosímil sería que la hubieran envenenado con la limonada que bebía a todas horas, incluso en invierno. Pero no, que con las fiebres y las toses que tenía la pobre estaba claro el diagnóstico. Una lástima, porque si hubiera habido envenenamiento, habría trincado a Godoy, con pruebas o sin ellas.

Pasa a otro papel. Pero detiene la lectura: ha de apretar con todas sus fuerzas, porque parece que ya viene el bolo excrementicio. No, ha sido una falsa alarma.

Racha tan mala en lo de la evacuación del sólido no había tenido el rey en los últimos tiempos. Mas fue empreñarse la reina, su tierna sobrina –hija de su hermana María Isabel, casada veintisiete años atrás con el príncipe napolitano a la vez que él desposaba a María Antonia–, y volver él a los problemas con los humores intestinales. De nada había servido dejar las carnes de ave de corral y las de caza, los picatostes y los dulces de horno para aumentar la ingesta de caldos calientes y de compota de ciruela tibia. Tampoco sirvieron las lavativas de aceite de Toledo, que, según el cirujano, humedecen los excrementos duros y secos favoreciendo su expulsión. Nada de eso ha sucedido. La piel empezó a notársele más reblandecida y, como le dijo el médico de cámara, el buen Péroles, esto, según Hipócrates, es señal de un vientre perezoso.

–No sería ningún disparate recurrir al médico que van a ahorcar por conspirador, a Zambrana. Es el mejor curando este tipo de afecciones, y más graves aún. Aunque sólo trabajaba para gente de su cuerda. –Así se lo había sugerido el mayordomo, Juan Mayo, al rey en persona, que a Péroles no se atrevía, pues era poner en tela de juicio todo su saber al respecto.

El rey se mostró algo reticente, pero al fin aceptó:

—Tiene guasa que un sabio ponga sus conocimientos al servicio de conspiradores y anarquistas. No puede estar en caja un cerebro, si es de los mejores en las artes médicas, cuando se dedica a socorrer a criminales que sólo quieren lo peor para el reino. Aunque, si no hay otro remedio, se le sacará de la cárcel, y luego volverá a ella para que lo ajusticien. Se le tratará, eso sí, con toda cortesía, no crea que esto es el beyato de Argel o cualquier país de gentes incivilizadas y bárbaras.

En esto había hecho hincapié el monarca. La corte española, en 1830, era la propia de una nación civilizada, y nada tenía que envidiar a otras cortes europeas. Aunque tenía menos dinero, es cierto.

Firmó el rey la orden de sacar de prisión al médico el día 8 de octubre y al día siguiente fue trasladado a la botica de palacio. Allí confeccionó las píldoras que hoy, 10 de octubre de los corrientes, deberían hacer efecto. Zambraña, devuelto a la cárcel, será ajusticiado a garrote vil en los próximos días. La pena de horca, por inhumana, piensa abolirla el rey. Quizás haga coincidir la prohibición con el próximo cumpleaños de la reina, cuando cumpla sus veinticinco años.

Con todo, las mayores crisis intestinales las sufrió Fernando cuando Godoy mandaba en los reyes (y hasta más que los reyes, porque tenía el poder y la desfachatez suficiente para abusar de él también). De chico, él no había tenido ese tipo de afecciones; ni se le hinchaba el vientre ni se le ponía duro como un pedrusco ni tardaba cinco días en hacer sus deposiciones. Ventosidades sí, en toda la puericia, las propias de la edad; más fuertes si abusaba de pasteles de flor de harina, más suaves y olorosas si era tiempo de naranjas, que alguna comía. Aunque, más que las naranjas, lo que le gustaba eran esas que las vendían en la calle. Sobre todo,

esa Naranjera a quien en buenos tiempos se encañonó. En la carta que tiene ahora en sus manos es como si hablara ella. Aunque la Naranjera no sabía leer ni escribir, ni falta que le hiciera. «En la jodienda sí que era doctora», murmuraba entre dientes el rey.

Traidora 2

Ginesa la Naranjera

... No padeciera su majestad la suerte de los *probes*: tener *na* y esa *miaja* quererla los *encumbraos*, que no tienen bastante con las *jembras* de su condición; las quieren *toicas*, las mada-mas más finas y las que arrastramos chancleta por los lodos de estas calles para ganar el pan de boca –el otro, el de los án-geles, que se lo ganen las beatas, esas comulgapichas–, ven-diendo la castaña en los primeros fríos, *aluego* la naranja, dorándola más que una píldora, eso sí, siempre encarando a los hombres, la mujer de su casa sabe dónde conseguir mejor fruta y sin zalamería, pero aquí el mercado es otro. «¿No quiere usía una naranja que es un sol en la mano, un olor que se derrama por la boca, un frescor que remoja el buche y no atontolina como el vino...?». Entre palabra y palabra hay pestañeo y sonrisa más abierta que el mediodía, la cesta de las naranjas en la cintura, que tira de pañoleta y ciñe cuerpo y las gracias que el cuerpo de una tuviera, muchas a decir de terceros, pero hay tanto bobalicón, tonto *soplao*, de quiero y no me atrevo, del sí pero no, del te comería si no me indigestara, como el del sombrero calado hasta las nari-ces, que al tercer día de pedirme naranjas y pagarlas como si vinieran de la China me entero de que es el correveidile del príncipe, o sea su majestad en tiempos mozos; eso des-pués de decirle que, si algún particular quiere naranjas más dulces *entoavía*, que en la taberna de la Pulga, pregunte por

el tío Purgatorio, que, como su nombre indica, es el paso al Cielo, y vaya preparando las monedicas con la estampa del nariz de morcilla y el gesto *alobao*, el rey Carlos. Eso no se lo dije, estaríamos *aviaos*, aunque ahora me guste soltarlo así, a las bravas, sin nada que perder ya, si hasta la vida la tengo *perdía*, como *perdía* me llamaban a mí. En aquellos entonces no me atreviera yo a hablar mal de un rey, su señor padre, aunque todo el mundo lo pusiera de cuernilargo para arriba, por lo del Godoy y la reina, que a mí ni me iba ni me venía, *haiga* migas y yo me las coma. Bastante tenía yo con estar pendiente de entreojar en el gentío a los hombres con aire de tener un real, no pasaran en balde delante de esta naricilla roma los de renta de diez mil duros, miel sobre hojuelas; lechuguinos y petimetres, esos no, mucha facha pero no tienen ni qué almorzar, y encima son pedigüños, como te descuides te sacan la perra, para comer, dicen, y se lo gastan en sastres y peluqueros. Es menester dar palique a los otros, a los de la panza *forrá* de sebo, a esos hay que chistarles y, con descaro de maja, que me lo tuve que empapuzar porque yo no era así de natural, ni chula ni manola ni con aire de taco, más bien templadica y de lo mío, pero el comer tira mucho y una cántara de aceite y unos huevos cuestan ya un padecer. *Resalao*, tenía que llamar a esas estantiguas, esos vestiglos, por lo que vale una hoja de tocino. Y pensaba yo para mis adentros cuánto mejor estaría yo en mi huerta, con mi azadilla, escardando la lechuga y la col, criando mis gallinas, ay, bendito Dios, sin oír palabras que son manteca, grasa al fuego, en *na* se quedan, repreciosa, marquesa, cuerpo de deesa, total para lo mismo, para ensillar la mula, para hacer lo que hizo Casca ciruelas, lo de siempre. Ay, qué tormento depender de mano que te tiente las carnes, de mano que suelte los dineros, de mano más sucia *entoavía*, la del tío Purgatorio, que se queda con lo suyo, o lo que dice que es suyo sólo porque pone

el camastro y el candil, pero las carnes son mías, y si no las pusiera yo en mostrador no habría negocio. *Naranjicas, naranjicas*, amargo negocio, el agror de la cáscara para mí, la carne frescachona, pulpa de fruta abierta de par en par para el que puede pagarla. Veo a mi niña jugar con una naranja y se la quito. «No, hija, tú naranjera no serás, por mi vida que no lo serás, que apenas tenga unos duros te mando para Valencia con la tía Floriana, como que me llamo Ginesa, para que la tía te críe con salud y en el temor de Dios». Lejos de villa y corte, donde hay tanto vicio campando a sus anchas, que aquí se muda de camisa *toíco* el mundo pero nadie se quita del hábito de pecar a cuerpo y alma batidos, desde el más rastrero al de más lustre; sí, majestad, que al fin hombres son todos, su real persona también, y no buscan más que lo mismo de las *jembras*, sin variar *na*, el mismo pensamiento siempre, su real gusto y *na* más, sin pensar en la que pisan a doble suela y, cuando se *jartan* de ellas, las dejan *tirás* en mitad del arroyo como un puerco trapo de los de limpiarse la ranura de la alcancía, la que su majestad tiene lo mismítico que el común de las gentes que comen pan y un día van y la espichan...

* * *

El rey se encoleriza. «¡El gran carajo!», exclama. Pues estaría bien que él no tuviese lo que todo mortal, las mismas necesidades, las mismas carnes. No son de bronce ni de mármol las reales personas. La culpa es de los césares, que se hicieron estatuas para subir de consideración entre sus conciudadanos (lo que no es mala estrategia). Y de ahí hasta nuestros días: todo rey o gobernante que se precie se pone en bulto redondo, ya sea a caballo ya sea a pie. Aunque en lo moderno prima más la estampa y la pintura. «Los reyes de ahora, de papel y de lienzo somos». Pero los padecimientos son los

mismos que los de los inferiores, la masa de los gobernados, súbditos de medio pelo o pueblo llano. Y los médicos son igualmente inútiles con las enfermedades de los de arriba y los de abajo. A él le ha tocado esa guerra perpetua con los intestinos, y no hay galeno que pueda con ella.

Fue en aquel maldito viaje a Sevilla con Godoy cuando empezó todo. Ocurrencia de su madre, que decía cumplir el voto hecho por la salud del príncipe de visitar la tumba de san Fernando, rey gloriosísimo, cuyo cuerpo incorrupto se halla en la santa iglesia catedral. O idea, más bien, de Godoy, para satisfacer su colosal vanidad, ya que hubo que pasar por fuerza por Badajoz, su tierra, y fue excusado parar en su propia casa. De modo que vecinos y curiosos vieron en tan modesta morada a los reyes y al príncipe heredero en persona. Se mostraba así la gloria del ínfimo Godoy, simple guardia de corps que había llegado a secretario de despacho ganándose la confianza de los reyes (según algunos maliciosos, primero la confianza y el afecto del rey), y recién nombrado (para escarnio de la nación que había sufrido su decisión de ir a la guerra contra los franceses) «Príncipe de la Paz». Cosa que no le perdonaban algunos de los grandes, partidarios de Aranda, anterior ministro, o de Floridablanca, otro de los grandes apartados del favor real.

Poco antes de esas fechas, en muchas ciudades se habían distribuido pasquines contra Godoy. Empezaba a acumular enemigos, él que sólo se ocupaba de acumular cargos y riquezas. Y, entretanto, en las provincias del norte, los franceses atacaban a su sabor: habían entrado con violencia en Besalú, provocando la vergonzosa rendición del fuerte de San Fernando de Figueras, aun con ocho mil hombres y doscientos cañones. Si bien el peligro no era tanto ese ejército de desharrapados como el contagio pestífero que podían provocar esos descalzonados, los *sans culottes*, promoviendo el levantamiento en el reino de España de millones de labra-

dores, artesanos, mendigos, vagos y canallas contra sus legítimos reyes, como había pasado en Francia, donde los habían descabezado con ese infernal invento de la guillotina. Además, el Delfín, el heredero del trono, había muerto de hambre en prisión. Eso no se lo podía quitar él de la cabeza. Le dio por comer. Comía pensando en el infortunado hijo de Luis XVI; las lágrimas caían sobre las perdices escabechadas y los pasteles de liebre hojaldrados. Y él traga que traga; que, si comes, no estás muerto.

Y en el reino de España, como si no hubiera otra cosa que hacer, la, en otros tiempos, amada princesa María Luisa y luego «feliz madre de virtudes llena», como la había llamado un poeta de los pagados por la corona, sucumbía al encanto de un vulgar arribista, un simple guardia encargado de velar las espaldas reales. Uno que había entrado por extraña carambola de la suerte en el gabinete de la reina. Y ésta quedó prendada de su gallarda presencia y sus finos modales. En esas circunstancias de sospechas tan monstruosas, con el astro del protegido en sentido ascendente, porque ya estaban colmados de honores y riqueza él y toda su familia, llegaron a tierras extremeñas.

Todavía recuerda el rey, príncipe de Asturias en aquel entonces, las bacinillas de porcelana de Portugal que no conseguía llenar por más fuerza que hiciera; a su ayuda de cámara apremiándolo, pues su augusta madre, el rey y don Manuel lo aguardaban para salir camino a Sevilla; los carruajes en la puerta, los criados con su librea firmes, esperando desde hacía tres horas al sol. La reina, tan impaciente, que el propio Godoy, en un arranque de cólera, subió a las habitaciones del príncipe y casi lo arranca del bacín, gritándole groseramente que tuviera la bondad de terminar de una vez por todas y subirse los calzones. Once años tenía, pero humillación tal no se le borró jamás de la memoria. Y apenas tuvo momento de felicidad hasta que el miserable choricero,

el maldito Godoy, cayó del pedestal, motín en tierras de Aranjuez por medio.

La reina, ciega por la innata debilidad femenina y por su mala condición también –en esto el reverendo padre Escolquiz no se equivocaba: hay personas de natural vicioso como otras no lo son–, contando con el favorito hasta para lo más nimio, si llevar el airón o ponerse el brazalete del zafiro; el rey llenando de oprobio la corona que, por la gracia de Dios, llevaba, y el malnacido aquel pavoneándose de los honores y riquezas obtenidos por el mero ascendiente sobre los reyes. Odioso espectáculo que se repitió en todas las ciudades que visitaron durante aquel desgraciado viaje.

Cómo hubiera deseado, no sólo tirarle encima la bacinilla, como en aquel amargo trance, sino sumergir en ella, con sus propias manos, la cabeza al traidor y hacerle tragar todo lo que le hizo tragar por aquel entonces. Aunque hace ya más de veinte años que está fuera del poder y del reino también, libre anda el muy miserable, como Pedro por su casa, de Roma a París y donde le viene en gana, refocilándose en la escritura de unas memorias que dicen quiere publicar. Eso será por encima de su cadáver.

Cuánto se arrepintió de haber sido tan magnánimo con él cuando lo de Aranjuez. «Eres un traidor», comenzó a decirle al miserable. Y él sólo contestó: «Agua». Llevaba tres días escondido en la buharda, sin comer ni beber, debajo de unos rollos de estera. Si los que asaltaron la casa lo hubieran encontrado, no hubiera quedado ni pellejo ni uña de Manuel Godoy. Ordenó el rey que le dieran agua, lo único que pedía quien hasta anteayer lo tenía todo: riquezas, mando, orgullo. Y prosiguió: «Has traicionado al rey, al Estado y a mi persona. Pero soy generoso: te perdono la vida. Aunque habré de ponerte a buen recaudo. Hoy mismo partirás hacia Granada, al fortín de la Alhambra, donde quedarás bajo el poder del alcaide».

Allí pagaría todos los abusos, todas las insolencias, todas las humillaciones a las que había sometido a los propios reyes, a él mismo, al legítimo príncipe heredero. Lo encausaría para que el mundo entero supiera todo lo que había hecho semejante engendro de ambición y avaricia. Napoleón, sin embargo, le abrió los ojos. El emperador de los franceses le dijo que cómo iba a hacer aquello sin perjudicar severamente a sus padres, pues ellos, en cuanto reyes, habían permitido su omnímodo poder. Es más, si de eso resultaba dañado el honor de la reina su madre, el menoscabo sería también para su reputación, lo que resultaría nefasto para la corona. Pues, y así se lo dijo el corso, enfilándolo con esos ojos de pupila fija como los de un ave rapaz, «vuestros derechos no son sino los transmitidos conjuntamente por vuestra madre y vuestro padre y, si acaso mancha a su honor, se destruyen esos derechos».

Comprendió él entonces que, ni siendo monarca en plenitud de su poder, podría castigar al odioso Godoy. En cuanto a su madre la reina, al menos había penado, no tanto con el exilio y la desposesión del trono, que él también conoció el amargor de esos tragos, cuanto el verse en papeles volanderos de puta pellejona, vieja de mierda, ramera del demonio, chascarrillo de muleros, cortesana viciosa y cien mil injurias más. Todas bien merecidas por haberse conchabado con el tragamorcillas de Godoy para lograr, una vez muerto el rey, despojarlo a él de la sucesión de la corona, declarándolo no apto para la misma... Y quién sabe si para convertirlo en cadáver por obra y gracia de sus principescas órdenes también, y ser nombrada ella regente para gobernar los dos a su sabor.